EL LEGADO DE ERIC WILLIAMS¹

POR

GEORGE LAMMING

El Dr. Eric Williams fundó una perspectiva crítica que, a mi juicio, es única en la historia de la política del Caribe. Williams emprendió una campaña de educación popular intensiva y bastante agotadora. Convirtió la historia, la historia del Caribe, en chisme, de modo que el relato de las dificultades de los pueblos ya no pareciera la exploración estéril e infinita de documentos, fechas y textos. Todo se convirtió en noticia: la esclavitud, la colonización, el engaño perdonable del régimen metropolitano, la triste e inevitable inconsciencia de la producción del país. Sus conferencias conservaron siempre el carácter del susurro que todos podían oír, un rumor que la experiencia ha establecido como verdad. Y cualquiera sea la desconfianza que podamos tener acerca del valor fundamental de la educación popular, esta tarea, considero, se ha erigido como un logro genial por parte del maestro.

Ningún otro político antillano se ha expuesto tan consecuentemente al más grave de todos los riesgos políticos: el riesgo de negarse a ser condescendiente con el electorado. Williams distinguió temprana y claramente entre educación formal, que es con frecuencia costosa, e inteligencia innata: y habiendo hecho esto, trabajó con la inteligencia innata requiriendo en todo momento la atención de los adultos y la acogida de sus conferencias. Este fue el ejemplo, probablemente el primero de su tipo en el mundo occidental, del maestro —en el sentido más noble de la palabra—, convertido en político, y del político —en el verdadero sentido moral del término—, convertido en maestro.

Así, cuando visitó Jamaica para consultar a Norman Manley, poco después de la conformación del *People's National Movement*, entretuvo y asombró a los jamaíquinos por la autoridad con la que habló acerca de los planes que tenía para Trinidad y Tobago. Uno de los miembros de la familia Manley me dijo: “Pensamos que estaba un poco chiflado por estar hablando como si ya tuviera un Gobierno cuando tenía apenas un partido de unos pocos meses de existencia y que estaba a punto de enfrentar sus primeras elecciones. En Jamaica, a los del *People's National Movement* nos tomó al menos doce

¹ Publicado originalmente en *Callaloo* 20/4 (Fall 1997): 731-736.

años ganar nuestras primeras elecciones”. Por la euforia del éxito que había marcado su estadía en la Universidad de Oxford, Williams no hacía distinción entre el sueño y la realidad; quizás adoptó inconscientemente la creencia de que el sueño es el fundamento de la realidad.

El *People's National Movement* ganó sus primeras elecciones ocho meses después de ser fundado. Según mis recuerdos de aquel periodo, se pensaba que el Movimiento se desempeñaría bien y que proveería al país de su primera oposición parlamentaria coherente y crítica. Pero la victoria superó las expectativas de sus más ardientes admiradores. Fue una victoria que contradijo también la historia de la evolución partidista en otros territorios, porque Williams mantuvo una distancia estratégica de la clase obrera organizada, que estaba hermanada con el partido político de Barbados, Jamaica, Guyana y otros países. Tampoco lo favoreció la vieja y tradicional clase media negra de Trinidad, cuya ambición de honores imperiales hizo que se incomodaran con el discurso del Doctor por palabras como “colonial” e “imperialista” y frases como “dejar caer mi cubeta”,² que no eran de la más alta reputación. Su circunscripción era la clase media baja en ciernes, una generación que estaba solo a un paso de las parcelas de caña y que luchaba con beligerante orgullo para redimir su humilde origen. La educación era la única arma que podía rescatarla de las múltiples humillaciones del pasado.

De allí la importancia de la *Woodford Square*. Pero la paradoja estaba en el corazón de todo lo que Williams hacía. Su reputación de erudito tenía cierto halo de misterio en una sociedad donde la carestía de la educación era una exigencia del régimen colonial. Él atrajo vastas multitudes. Los hombres se desplazaban con sus hijos para asegurarse de que ningún miembro de la familia fuera privado de ese banquete de conocimiento. Pero Williams no era un hombre que tuviera predilección por las multitudes. Acercarse al hombre común por medio de un apretón de manos o una palmada en la espalda era un ejercicio difícil de fingir para él, y aun así no hizo esfuerzo alguno para superar lo que habría sido un defecto fatal en cualquier político. Williams no era un político normal, y ese fue el principal obsequio que dio a la cultura política de Trinidad y Tobago.

Los pobres a menudo contribuyen con el ascenso aristocrático de los mejores candidatos, y Williams llegó a verse como el vástago de una vieja aristocracia intelectual exenta de las humillaciones habituales que acompañan las diferencias de raza y nacionalidad. El Queen's Royal College cultivó esta ilusión en su pupilo; y con una gentileza sádica la Oxford University la explotó. Pero serían la tosca cultura racista estadounidense y la tutela de la Howard University las que radicalizarían la relación de Williams con su erudición. En cierto sentido, Howard University le permitió realmente el encuentro con sus raíces. Sería en esta universidad donde él aprendería las habilidades comunicativas que le servirían para dirigirse a cientos de estudiantes (muy lejos de la

² “letting down my bucket”.

intimidad selectiva de la tutoría en la Oxford University), habilidades que lo prepararían para el triunfo sostenido en la Woodford Square. La Woodford Square de Eric Williams no tuvo precedente o sucesor en parte alguna del Caribe angloparlante conocido.

La paradoja de este logro se experimentaría alrededor de una década después, cuando el más virulento y sofisticado de sus críticos, que había estado entre los más idólatras y primeros graduados de la universidad de Woodford Square, apareciera. En esto vislumbramos la sintonía con el éxito en el trabajo. La abrumadora seguridad de Williams llevaba consigo la semilla de una irreversible auto-alienación. El principal historiador del Caribe ni tuvo ni fomentó una relación colaborativa con la joven generación de historiadores caribeños, que estaba influenciada profundamente por sus iniciativas. La continuidad por la que él abogaba era de hecho impracticable por su tendencia al retraimiento melancólico. Pero todas estas deficiencias dejan de importar si se comparan con el enorme esfuerzo que Eric Williams hizo en nombre de esta región. Desde 1948, cuando por primera vez llegó a Trinidad para asumir su cargo en la *Anglo-American Caribbean Commission*, su influencia en mi generación y en mí fue profunda y perdurable. Nos enseñó a ver la historia de cualquier parte del Caribe como la historia del todo, y pensó que la labor del historiador, en nuestro contexto específico, era acabar con el particularismo y el provincialismo en cada territorio. Así, su apelación a una perspectiva regional quedó muy bien demostrada por su propio ejemplo.

Williams era un activista académico y no tuvo reparo alguno en su propósito de comprometerse, el cual daba forma a su trabajo como historiador e intelectual. Ya que el Caribe era su territorio, se sintió con el deber de viajar y establecer contacto directo con los territorios que estudiaba para indagar en sus principales archivos: “Estuve unas ocho semanas en Cuba, principalmente en La Habana, poco más o menos las más valiosas de mi carrera. La mayor parte de mi día la dedicaba al Archivo Nacional y a la Biblioteca Nacional en La Habana” (*Inward* 64). Toda la importancia de esto solo se puede apreciar cuando estudiamos el Volumen I de sus *Documents of West Indian History 1492-1655*.

En la misma visita, Williams se encontraría con el gran etnógrafo cubano Fernando Ortiz y discutirían los orígenes africanos de la música y el folclor cubanos. Emprendería un viaje similar a Haití con el gran historiador Jean Price Mars como su objetivo principal. La misma experiencia se extendería a Puerto Rico y más tarde a Martinica, donde descubrió los seis volúmenes de leyes de Moreau de Saint-Méry, una publicación única en la historiografía del Caribe. Gracias a ella sabemos que había ciento veintiocho gradaciones de “sangre” en partes variables de blanca o negra que definían el estatus de los negros libres. No ser blanco o cómo evitar ser negro ha sido un dilema muy complicado para aquellos que están ávidos de reconocimiento social. Al ímpetu y carácter regionales de su misión como historiador e intelectual les estaré en deuda por siempre. Cada novela que escribo contiene algún vestigio de su investigación.

Williams no solo viajaba. Trabajó duro para cultivarse en las lenguas de los territorios

donde habitaban las personas que lo preocupaban. Leía y hablaba las principales lenguas de la región. Podía realizar sus propias traducciones de fuentes francesas y españolas a fin de desentrañar y almacenar cada elemento de prueba relevante para sus propósitos. La generación de historiadores y otros académicos que vinieron después de Williams ofrecen en comparación un ejemplo de analfabetismo lingüístico. La mayoría domina solo una lengua y el terreno de investigación se limita al territorio donde nacieron. Sospecho que existe mucha más flexibilidad lingüística entre las vendedoras que comercian con vegetales y ropa a través del Caribe que la que es probable encontrar en el académico promedio de cualquiera de los tres campus de la universidad. Y no creo que sea una exageración decir que la pasión de Williams por la erudición ha dado paso a una continua gestión de carreras individuales y a una nueva habilidad gerencial en la industria, imprecisa y en expansión, de las consultorías.

Cuando Williams abandonó la *Anglo-American Caribbean Commission* en 1955, a pesar de la turbulencia y el dolor de su cargo, había bosquejado cuarenta capítulos de su *History of the Caribbean* y recopilado dos mil documentos para la serie que habría de ser sus *Documents of West Indian History*. Esta obra se propuso para cinco volúmenes, finalizando con el periodo de 1942-1962, y es la que en particular yo más aprecio, porque define un deseo y una curiosidad que no podría haber reivindicado antes de mi llegada a Trinidad. “Su propósito”, escribió Williams, “es la integración de toda el área, una síntesis del conocimiento existente, como el fundamento de las grandes necesidades de nuestra época, una colaboración más cercana entre los diferentes países del Caribe y su herencia común de dictados y subordinación a intereses externos” (*Documents* XXV).

La serie nunca pasó del volumen I, y sospecho que la presión que tuvo la política activa hizo imposible la organización meticulosa de tan abundantes fuentes. Lo que hace al Volumen I una obra de tan irresistible fascinación es la excelente organización narrativa del material. Creo que Williams, en estas circunstancias, decidió refundir todos los documentos restantes en un tipo diferente de narración que se convertiría en *From Columbus to Castro: The History of the Caribbean, 1492-1969*.

No es posible separar su legado intelectual de su administración política de los asuntos de Trinidad y Tobago por casi veinticinco años. El inventario de errores y aciertos variaría mucho de acuerdo con la perspectiva y los intereses del sector desde los cuales se miraran. Por un cuarto de siglo, Williams ha estado en el centro de las más controversiales polémicas tanto a nivel regional como nacional: la Federación, Chaguaramas, la Independencia, la University of the West Indies, CARICOM, Cuba, Granada y la Rebelión de Febrero de 1970. Pero hay solo dos aspectos de su asombrosa carrera hacia los cuales me siento inclinado para reflexionar. Williams da comienzo a su autobiografía, *Inward Hunger*, haciendo un retrato de la sociedad de 1911, año en que nació. Es un relato abrasador de la degradación humana en general; pero en lo que centraremos la atención aquí será en los extremos del horror que aquejaron a un sector de la población:

Malas como eran generalmente las condiciones sociales, estas eran más deplorables entre los inmigrantes indios, los de menor salario, los más pobremente alimentados y el sector con el peor alojamiento de la población. (19)

No hay duda alguna acerca de que los indios se encuentran en el grado más bajo de la escala. Recluidos, confinados y encerrados en la economía del cañaveral, de la cual otros grupos han podido, en gran parte, escapar, los pocos que huyeron a la Meca de Puerto España se concentraron en las afueras de la ciudad en una suerte de gueto llamado “*Coolie-Town*”³—hoy St. James, un bullicioso suburbio de la capital—, adonde los turistas interesados en espectáculos y ceremonias orientales iban a ver “al hijo de la India en todas sus fases de primitivismo oriental”. (21)

Medio siglo después habría una asombrosa transformación en los logros y el potencial de toda la población. Todavía la superación de los indios es la que causa mayor preocupación, aun cuando una parte importante de la población india permanezca “Recluida, confinada y encerrada”. ¿Cuál es la causa de esta preocupación? ¿Por qué los indios temen tanto los justos reclamos del *Black Power*? ¿Por qué el Gobierno de Trinidad y Tobago, en gran parte indio, con un Primer Ministro indio, provoca tal elevación en la temperatura de los sentimientos raciales? Todas estas preguntas generan una potencia aterradora luego de treinta años de gobierno del *People's National Movement* con Williams como el único agente autorizado de la política, estrategia e implementación.

La estadística no es una guía hacia la respuesta, que ha de ser vista a la luz de las complejas relaciones que vinculan los conceptos de Nación, Raza y Cultura: una familia de constructos cuyo origen es en gran parte europeo, los cuales sirven para orquestar actitudes que deberíamos adoptar en cualquier encuentro con la diferencia. El racismo europeo era una forma de nacionalismo étnico que invirtió la segregación racial por un poder de definición al cual ni el África ni el Asia colonizadas podrían haber escapado.

No hay un trinitario descendiente de africano o asiático que esté libre de las influencias de la crianza de una conciencia racial. Esto no se debe confundir con racismo, aunque la línea que distingue una manera heredada de sentir, de un cultivo de nacionalismo étnico, que es el fundamento del clamor particular de un grupo por la supremacía política, es muy delgada.

Es difícil negar las acusaciones de nacionalismo étnico dirigidas contra las diferentes etapas del gobierno del *People's National Movement*; pero no sería menos difícil respaldar las voces que reiteran estas acusaciones, porque existe una resistencia al diálogo auténtico acerca de las responsabilidades recíprocas que ambos grupos comparten en cuanto a la reducción del discurso político al nivel más burdo de combate electoral y a

³ Barrio Culi; culi o culí fue el nombre dado a los indios, chinos u oriundos de otros países asiáticos que trabajaban en las plantaciones de caña [N. del T.].

las agendas ocultas para forjar intereses materiales de acuerdo con los caprichos de la alianza e identificación étnicas. Este es el peligro que amenaza actualmente al Primer Ministro Basdeo Panday. Es momento de cobrar la cuota.

En estos conflictos de intereses sectoriales y soberanía nacional, ¿dónde se ubica a Williams? Se podría argüir que no existe correspondencia lógica entre lo que un hombre dice y los casos contradictorios de discriminación que derivan de las directrices emanadas por los representantes de los partidos y funcionarios públicos llevadas a cabo en su nombre. Williams era visto como la fuente indiscutible de autoridad de su partido y, por tanto, llevaba la carga de su delincuencia moral. Y esta era precisamente la esencia de la advertencia y predicción de C.L.R. James. El Partido, como el corazón e impulso de un movimiento nacional cuyos órganos democráticos alentarían y acelerarían la conciencia de todos los estratos de su liderazgo, había decaído. La democracia no tuvo oportunidad de enraizarse en un suelo que no se había recobrado aún de la tradición del *Massa Day*, que el mismo Williams había expuesto tan despiadadamente. El Partido se convirtió en el ave de corral del Gobierno; y se especulaba acerca de cuál sería el estatus de la autoridad de Williams en las siguientes etapas de su administración.

Pero lo que me interesa ahora es su perfil intelectual y cómo este se relaciona con el conflicto étnico en una sociedad multicultural como la de Trinidad y Tobago. Su discurso a los niños del Independence Youth Rally es más complejo de lo que su apariencia sugiere:

Algunos de ustedes tienen ancestros que vienen de un país. Algunos de ustedes profesan una religión, unos otras, otros una tercera o una cuarta. Ustedes en sus escuelas tienen, como la nación en general, solo dos opciones –aprender a vivir juntos en paz o luchar hasta destruirse unos a otros. La última opción no tiene sentido y es barbarie pura. La primera opción es civilizada y de simple sentido común. Ustedes, los niños, ustedes tienen la gran responsabilidad de educar a sus padres. (*Forged* 329)

Toda la carrera intelectual de Williams fue una lucha implacable contra el racismo, que para él tenía sus raíces en la economía de la expansión imperialista. Williams era un humanista secular con todas las limitaciones de ese modo específico de pensamiento occidental que confería a sus grandes logros intelectuales una autoridad universalizadora que consideraba al Otro, en cualquiera de sus formas, una excentricidad, la cual puede ser normalizada por una observación paciente, estudio e interpretación.

Con tal orientación no siempre es fácil distinguir entre unidad nacional y disolución nacional. La negativa del Otro a ser diluido rápidamente es un ejemplo de obstinación; y la obstinación se convierte pronto en sinónimo de deslealtad. La inteligencia crítica de Williams le permitió estar atento a la complejidad de aquello con lo que se comprometía. Las diferencias religiosas y los modos de afirmación cultural requerían una nueva agenda de perspectivas, una nueva manera de ver el concepto de nación y el clisé de la unidad

nacional. Williams debería haber educado el sentimiento para respetar la autonomía de la diferencia del Otro, negociado los espacios culturales que eran el reclamo legítimo del Otro; y trabajado por un ambiente que pueda administrar la estabilidad como un estado de conflicto creativo. Reconoció tardíamente la verdad acerca del gran desafío de la diversidad y la aventura de la diáspora que debió haber abonado el terreno de la retórica proselitista del Partido que él había fundado. Quizá no sea una coincidencia que en su último discurso en la *People's National Movement Convention*, él se haya consolado a sí mismo con el epigrama: “Lo que Dios ha separado, que ningún hombre lo vuelva a unir. Esa es la ley de la sociedad del Caribe”. Williams sabía en lo que había fallado; y eso también puede ser una gran virtud. Durante toda su vida estuvo volando frente a Dios.

BIBLIOGRAFÍA

- Williams, Eric. *Documents of West Indian History. Vol. I. 1492-1655: From the Spanish Discovery to the British Conquest of Jamaica*. Trinidad: PNM Publishing Co. Ltd., 1960.
- _____. *Inward Hunger: The Education of a Prime Minister*. Londres: Andre Deutsch, 1969.
- _____. *Forged from the Love of Liberty: Selected Speeches of Dr. Eric Williams*. Trinidad: Longman Caribbean, 1981.